

CELCIT. Dramática Latinoamericana 215

EN SILENCIO

Javier Acosta Romero

Personajes: 4

LA ESPOSA

EL AMANTE

LA MAMÁ

EL MARIDO

CUADRO 1

AL FONDO: lugar en penumbras. La pareja de amantes se besa cerrando los ojos.

Pausa. La indiferencia de la mujer es evidente. Pausa larga. Él decide separarse.

LA ESPOSA.-...Qué pasa.

Silencio.

LA ESPOSA.-...Dejaste de besarme.

EL AMANTE.-Tú dejaste de besarme.

Silencio.

EL AMANTE.-Qué pasa.

LA ESPOSA.-Déjame abrir los ojos.

EL AMANTE.-No mientras me besas.

LA ESPOSA.-Cuando cierro los ojos, lo veo a él.

EL AMANTE (Molesto).-Lo ves de todas formas, qué te haces.

Silencio.

LA ESPOSA.-¿También tienes miedo?

EL AMANTE.-Es normal, esto no es fácil.

LA ESPOSA.-Él... Sus medicinas.

EL AMANTE.-Qué.

LA ESPOSA.-Las dejó de tomar.

EL AMANTE.-...Pero yo lo he visto comprarlas.

LA ESPOSA.-No las toma. Todas las guarda en su pantalón. Luego las tira.

Silencio.

LA ESPOSA.-Quiere morirse.

EL AMANTE.-¿Y tú no quieres eso?

LA ESPOSA.-Sería demasiado. Bésame y perdóname.

Él la besa. Pausa.

EL AMANTE.-Estás pensando en él.

LA ESPOSA (Sincera).-Perdóname. Quisiera odiarlo tanto. Lo juro.

Él se le acerca de nuevo y la besa. El gesto de ella es revelador. Luego la suelta de nuevo y se repite la escena pero sin palabras, sólo los ademanes y los gestos mientras el marido habla.

AL FRENTE: sentado en una silla alta, tubular, el marido habla hacia el público, tratando de ignorar (sin lograrlo) la escena del fondo, sobre todo cuando se besan.

EL MARIDO (Muy preocupado).-Entiendo. Ella debería estar aquí, conmigo. Y no está. Aunque sea mi esposa, ya no tiene por qué estar conmigo. Otros deben besarla. Ella es la que debe seducir. Aún me ama... Digamos que me ama porque yo sí estoy repleto de ella. Los demás pueden besarla y tenerla, pero soy yo el único que la tiene. Quisiera soltarla, en verdad, la he soltado, pero ese "algo" jamás se rompe, nunca se termina, estoy ahí, en ella, para siempre. Nuestro amor no lo es. Pero lo llevo conmigo, entre mis manos, como si fuera mi propio corazón; que es un corazón espinado, pero es mi corazón. Ella es mi corazón de espinas. (Transición) La conozco, vendrá más tarde. Sí. Pero ahorita no. Junto a mí no podrán verla. Ella siempre dice que soy un estúpido celoso. Y no voy a presionarla. No quiero verme como un estúpido celoso. Me preocupa. Sólo eso. Cosas del corazón... o una cosa estúpida. Lo que quieran.

CUADRO 2

AL FONDO: una mesa pequeña con dos sillas. Sentado en una de ellas, el amante, que discretamente intenta levantar un vaso con agua pero sin lograrlo. Pausa larga. Entra el marido, con actitud alegre, muy distinta a lo que en realidad es él.

EL MARIDO.-Qué tal, Miguel.

EL AMANTE.-Quiubas, tú.

EL MARIDO.-Creíste que no llegaba.

EL AMANTE.-...Pues no sé.

EL MARIDO.-Estabas pensando en qué.

EL AMANTE.-En eso. En nada.

El amante bebe del vaso y el marido sale de escena realizando los mismos movimientos pero en reversa. El amante queda solo. Lo busca curioso. En eso entra el marido, nuevamente con sus actitudes de siempre y se planta frente a la mesa. Al amante le tiembla la mano con que agarra el vaso. Pausa.

EL MARIDO.-¿Me puedo sentar?

El amante sólo asiente.

EL MARIDO.-¿Quieres unas fuercitas, como siempre?

EL AMANTE.-Estoy esperando a alguien.

EL MARIDO.-...Sólo mientras llega.

El amante hace a un lado el vaso y se prepara a jugar fuercitas como lo hace el marido que, en realidad vuelve a ser la persona alegre del principio del cuadro.

EL MARIDO.-No es una mujer, ¿verdad?

EL AMANTE.-Pues no, hermano.

EL MARIDO (Transición).-...Miguel. Qué te pasa.

Silencio.

EL MARIDO.-¡Cabrón, estás papando moscas! Me dijiste hermano.

EL AMANTE.-¿¿Dónde está él?! ¡Mi hermano!

EL MARIDO.-...Pues donde lo enterraste. Ora acomódese pa' perder. Hoy vengo que no perdono a nadie.

Empiezan a jugar fuercitas. Siempre con mucho esfuerzo gana el marido, pero al

amante, aunque también se esfuerza, no le duele perder. Constantemente cambian de lugar las sillas, ellos mismos y el vaso. Esto mientras la esposa habla. AL FRENTE: sentada en la silla alta, la esposa habla hacia el público, ignorando por completo la escena del fondo. Habla con gesto tranquilo al principio, luego se marcará un arranque de sinceridad y estará desde entonces completamente vulnerable.

LA ESPOSA.-No soy nadie para responder, y, además, sobre el amor no sé qué decir. Quizá sólo sea un sentimiento. Quizá una idea. (Pausa) A David, mi marido, lo amo y sé muy bien por qué. Ya saben de quién hablo, estuvo aquí sentado. (Transición. Señala) Y el otro, mi amante, es su hermano. No se nada de mi amante, pero lo necesito. Puedo sentir que lo necesito. Pero a mi marido... Me pongo a pensar y es mi marido el que aparece. Luego, giro el pensamiento y quien crece es mi cuñado... que está cerca. De nuevo está cerca. Mi marido lo nota y no me pelea. Me abandona. Luego me viene la idea de que él hace eso porque quiere que lo siga. Y lo hago, lo sigo. (Pausa larga) Este es un lugar extraño, aquí el deseo está en el aire y me confunde. El deseo debiera ser algo prohibido. (Transición) Para mi esposo, soy todo. Eso, de pronto me altera. Soy todo para él. Soy un corazón espinado... su corazón de espinas, como si yo fuera un sueño atrapado en el armario, una prenda que se viste día con día; lo último que ve todos los días, para así seguir soñándose despierto. ¿Será eso!? ¿Soy el sueño de un muerto!? (Pausa en la que, EN EL FONDO, el amante le ha ganado por fin al marido. Los dos se miran consternados, pero no se dicen nada. Sólo cambian de lugar, continúan jugando, y el marido continúa ganando.) Lo miro sin mirarlo. También siento que está junto a mí, observando la oscuridad del techo. Yo me pongo a pensar mientras él intenta acomodarse en su descanso. Él piensa en mí como en su corazón... herido ya por las espinas. (Transición) Y su hermano me hace suponer más cosas, esas que me alejan del enfermo. Recuerdo que, antes de que fuéramos amantes, sólo bastó mirarlo y lo demás empezó a ocurrirse. Esa tarde, el techo oscuro, estaba encendido de luz. Volábamos pero caíamos volando. En este juego nunca se llega al final. Nunca. Luego escuché cuando se abrió la puerta. Yo no había cambiado las sábanas y ni abrí las

ventanas. Veía la luz encendida, el techo iluminado. Aspiraba el gigante aroma que dejó mi amante. No escuché nada de David, ni siquiera lo miré. Yo también creo conocerlo. Quizá mi idea del amor sea una vulgaridad... EN EL FONDO DESEABA QUE EN VERDAD MURIERA. (Transición) ¿¡Por qué les digo todo esto?! No se debería tratar así a una persona... Exhibirla tanto es desagradable. A quién le podría gustar decir tantas cosas de sí misma. No a mí. Esto es una trampa, de otro modo no sabrían nada, caminaría junto a ustedes como si nada. Me sentaría frente a ustedes como si nada. Comeríamos en el mismo restaurante y nada pasaría. Nada. En esta obra tampoco.

CUADRO 3

AL FRENTE: en la silla, sentada, la mamá de David y Miguel fuma para calmarse. Es una señora voluptuosa, hermosa, discretamente vestida, sin medias y con zapatos de tacón. Mantiene el cigarrillo siempre en horizontal. Arroja el humo hasta por la nariz. Por lo amplio de su vestido, la silla casi no se ve. La mamá habla y fuma mirando hacia el fondo oscuro, hacia donde irá mientras dice su monólogo.

MAMÁ.-En esta casa oscura, uno termina acostumbrándose a no buscar el sol. A no buscar los rayos de la luna. No entraré en explicaciones, pero ni el sol ni la luna se atreven a tocarnos. Esta casa se encuentra abandonada de Dios. La enfermedad de David estaba controlada. Estábamos a tiempo de que todo quedara en malos entendidos, en simples impulsos. Pedirnos perdón. Estábamos a tiempo. Pero no ocurría. Nadie habría la boca para decirlo. Ni siquiera yo, el centro, rodeada de todo. "Miguel, tienes algo que decirle a tu hermano". Silencio. "David, hijo, estoy segura que tienes ahí guardada una pregunta para tu esposa". No. Siempre que servía en los platos, la comida se enfriaba demasiado. Uno tenía que devorar porque también estaba en el aire esa cosa que todo lo envenena. En el mercado me daban de lo peor, y aunque yo eligiera, llegando a casa y cocinando, las cosas se apestaban: la carne, la verdura. (Pausa) El poste de la calle... sí, el de la luz pública, nunca sirve ni nunca lo componen. La entrada de la casa es siempre una penumbra. Es como si mi familia fuera una

tormenta que no podemos ver, pero todos se cubren de nosotros. Incluso, en la calle, un perro, cualquiera, sólo se atreve a ladrar cuando pasamos. A nadie más. El hogar que fuimos se perdió porque ni en los recuerdos lo tengo. Cuanto veo, desconozco. Y tengo el presentimiento de que nadie vendrá para sacarnos.

CUADRO 4

AL FONDO: lugar en tinieblas. Bajo una sábana clara los amantes hacen el amor en absoluto silencio; él encima de ella, con movimientos pélvicos muy disimulados, casi imperceptibles por la lentitud con que los realiza. Ella no lo mira y mantiene los ojos cerrados la mayor parte del tiempo.

Pausa larga. Se interrumpen cuando...

AL FRENTE: el marido irrumpe para construir un altar con veladoras blancas y retratos de Helena, de su mamá y de su hermano. Lo construye primorosamente, escrupuloso. A cada retrato corresponde una veladora.

AL FONDO: la pareja trata de continuar pero, conforme se van prendiendo las veladoras ellos se van inmovilizando por completo, vencándose el amante sobre el cuerpo inerte de la esposa.

AL FRENTE: por cada veladora que el marido va prendiendo, reza suavemente el siguiente remedo de salmo:

A ti elevo mis ojos, a ti que habitas en los cielos.

Como los ojos de un esclavo al fijarse en la mano de su dueño,

así quiero mirar el sol de tu ausencia,

ahora que la veo a ella y no a ti.

¿Cuándo tendrás piedad de mí?

Cuándo sacaré todo este enjambre que me espanta,

Descúbreme, señor, tu rostro, los colores y la voz que me rediman.

Terminado su altar, lo contempla en actitud de arrepentido, sin decir más.

AL FONDO, la pareja se interrumpe para escuchar. Y luego, cuando pueden, hablan. Guardan silencio cada que escuchan el remedo de salmo de David.

EL AMANTE.-¿Cuándo empezó a rezar?

Silencio.

EL AMANTE.-¿Cuándo empezó a rezar?

LA ESPOSA.-...Lo sabes ya, no me preguntes.

EL AMANTE.-Tiene miedo a morir.

LA ESPOSA.-Es el mismo miedo de nosotros.

EL AMANTE.-No. Él sí quiere morir.

LA ESPOSA.-Es lo mismo. ¿Quién nos asegura que nosotros no estamos muriendo junto a él?

EL AMANTE.-Nosotros, estamos vivos Helena. Puedo sentir tu piel. Puedes sentirme tú también. Estamos vivos, Helena.

Silencio.

LA ESPOSA.-¿Quieres besarme?

EL AMANTE.-...Estás pensando en él.

LA ESPOSA.-...Bésame.

Pausa en la que no se besan ni se miran.

LA ESPOSA.-Quisiera verte más seguido.

EL AMANTE.-Me ves todos los días.

LA ESPOSA.-...Pero más.

EL AMANTE.-Cuánto más.

Silencio.

EL AMANTE.-No lo sabes, ¿verdad?

LA ESPOSA.-Estoy pensando en él.

EL AMANTE.-Lo sé.

LA ESPOSA.-...¿No quieres saber lo que estoy pensando?

EL AMANTE.-...Dímelo. Qué piensas. Seguro son sus medicinas.

LA ESPOSA.-Por más que le digo, no le importa volverlas a tomar. Insiste en morir.

EL AMANTE.-¿Te lo dijo?

LA ESPOSA.-No. Sólo sé que cada día está peor. Yo lo escucho maldormir, malsoñar y maldiciéndonos dormido.

EL AMANTE.-¿Dormido?

LA ESPOSA.-Lo escuché. Él ya lo sabe. A la mejor no quiere lastimarnos.

EL AMANTE.-¡...Qué tontería es esa! Seguro tiene un plan.

LA ESPOSA.-Cuál. Es un moribundo.

EL AMANTE.-Yo siempre lo noto más vivo que nosotros.

LA ESPOSA.-Pero tú dijiste... ¡Tú me sientes, ¿no dijiste eso!?

Silencio.

LA ESPOSA.-Quizá ahí está todo, en lo que soy contigo. En lo que hacemos juntos.

EL AMANTE.-Ya estás dudando.

LA ESPOSA.-...Me siento extraña. Nada más.

EL AMANTE.-Si hay algo más, dímelo.

Silencio.

LA ESPOSA.-Yo debería saber por qué ahora reza tanto.

Silencio.

EL AMANTE.-...Siempre ha rezado.

LA ESPOSA.-...No así.

EL AMANTE.-Siempre. Así.

LA ESPOSA.-Pero ahora siento los rezos.

Silencio.

EL AMANTE.-¿Sabes lo que pide?

LA ESPOSA.-...Tú también lo sabes.

EL AMANTE.-¿Y crees que Dios lo escucha? Mi hermano no sabe rezar. Reza mal.

Óyelo. No puede seguir el tratamiento. No lo podrá. Tiene hartos a Dios. Y Dios nunca perdona esos desmanes. La gente no puede andar así, presumiendo con sus rezos una supuesta relación con Dios. (Pausa) En cambio, lo nuestro no tiene falsedad. Yo te amo, Helena. Te amo.

Silencio.

EL AMANTE.-¿Tú me amas, Helena?

LA ESPOSA.-...Creo que sí.

AL FRENTE: el marido, contemplando su altar, empieza a hablar sin fijarse mayormente en los espectadores pues, en la escena del FONDO, la pareja ha recobrado movilidad, el amante encima de ella, con movimientos pélvicos muy disimulados bajo la sábana.

EL MARIDO.-No es nada extraordinario rezar. Rezo todos los días sólo por ganar tranquilidad. (Pausa) No creo en Dios. No creo en la Virgen. No creo en las santas escrituras ni creo que en la vida se deban hacer méritos para ganar un paraíso. La vida no es ningún concurso. (Pausa) Creo más bien que sólo se puede vivir de un modo, y ese modo es el que uno necesita. (Transición) No soy un profeta, ni quiero pensar en lo que ahora ustedes se están imaginando. (Pausa) Lo que ven yo ya lo he visto, nadie nos da un salario por respetar a los demás los siete días de la semana. Rezo porque ahora puedo hacerlo, nada gano con odiar. No quiero morir tan rápido. Me gusta esta vida: el dolor, las lágrimas, los labios, otra piel... La saliva. Reírse a carcajadas. Descansar eternamente... Valen la pena.

La esposa emite un único y breve suspiro placentero. Inevitablemente el marido volteo y los observa. Pausa. Transformado del gesto, regresa a mirar su altar.

EL MARIDO.-Seguro se me olvidan otros sentimientos. Como el odio. La envidia. Se me olvida el deseo insatisfecho. La desesperación. No sé si valgan la pena pero están ahí. De pronto están ahí. Nadie los llama, sólo nos dominan. Miran por nuestros ojos, piensan por nosotros, deciden, deciden muchas cosas. Maduran la venganza. Y como llegan... se van. Se escapan. Nos heredan sus errores y uno debe levantarse de su envilecimiento, de la vergüenza, de la incompreensión. Muchas veces todas esas cosas se amontonan sin poder salir, se acomodan en nuestra alma y por último nos roban alguna parte del cuerpo. La gente le llama enfermedad. Los doctores nos llaman enfermos. ¿Qué es estar enfermo? Se puede pensar lo que uno quiera, pero así, nuestra mente va perdiendo terreno frente al cuerpo. El cuerpo enfermo. Luego lo perdemos todo: ideas, dignidad. Nos convertimos en cualquier otra persona. Yo no era así. Tampoco les diré la enfermedad que guarda mi cuerpo. Sólo sepan: no me quiero curar. (Transición) Luego de esto, conocí en verdad a mi esposa, conocí a mi hermano. Los conocí... y si no sabía rezar, me enseñé a hacerlo.

Resuelto, el marido va hacia la pareja y se detiene cuando está cerca.

EL MARIDO (Suavemente).-Helena.

La esposa por primera vez ve a los ojos a su amante, como si despertara. Le hace una mueca para que se vaya y el amante obedece diligente.

EL MARIDO.-¿Helena?

ELLA.-...Aquí estoy.

El amante se levanta desnudo y se coloca en una esquina para ver la escena a la distancia, casi de espaldas al público.

CUADRO 5

AL FONDO: continuación de lo anterior. El marido se desnuda e intenta meterse bajo la sábana, pero ella se lo impide, conformándose con quedar encima. Ella lo mira atenta y con forzada sensualidad. El marido intentará tocarla con su mano libre y ella, siempre, con ternura lo rechazará, pagándole con caricias sublimes; como puede ser el que esté jugando con la uña de su índice en el pezón de él. Nunca lo besará, sólo su dedo índice y su gesto particularmente coqueta se dedicarán a hacer las maravillas. Al finalizar el cuadro, ella estará dormida y el marido simplemente la contemplará.

Desde una esquina y casi de espaldas al público, el amante seguirá observando con recelo.

AL FRENTE: en la silla, sentada, la mamá sigue fumando de la misma manera. La mamá habla y fuma observando siempre la escena del fondo. Nunca mira al público aunque los tenga cerca.

LA MAMÁ.-La detesto. Detesto su manera de entregarse. (Pausa) ...Ella. Todo lo que pensé de ella cuando entró a mi casa. Me llamó la atención el que apenas y sonriera. Era más una mueca que una risa. A pesar de que estaba ahí, sentada como estatua junto a mi hijo, era evidente que no estaba ahí, que no sentía a nadie. Ella no tenía idea de lo que estaba haciendo con mi hijo. Inmediatamente que se fue en esa primera visita, esperé despierta el regreso de David. Mi hijo sabía que yo lo esperaba. Se detuvo frente a mi puerta, nunca la cierro, y sin sonreír me preguntó "qué me pareció". ¿Qué me pareció? ...Nada. No había nada en esa ropa, le dije. Él estaba de acuerdo y sólo movió la cabeza. Afirmaba lo que mi respuesta descubría en el fondo. "Esa mujer está contigo porque tú no te atreves a dejarla". "Está contigo como podría estar en algún parque junto a un bote de basura, esperando a que se acabe el día, a que se pase la noche y lo

demás". "¿Sabes si te quiere?" Y él contesta: "Me lo ha dicho". Me lo ha dicho. Esa noche soñé a mis dos hijos saliendo de mi vientre. Discutían por algo, así, recién nacidos... Discutían. Y ese sueño ya lo había tenido. Alguien los recibía pero no sabía quién, hasta esa noche de la visita. ¡Era esa mujer...! Reconocí sus manos, pero no entendí. No entendí. El tiempo es poderoso. Tarde comprendemos el destino. (Transición) Cuando mi hijo, afuera de su cuarto, pegada la oreja a la puerta, escuchaba todo... me sonrió. Era un corazón herido, fuego entre espinas. Él lloraba y sonreía (Transición) ¿Para qué buscar la sangre, si veía sus lágrimas sangrar? Yo pude haber hecho muchas cosas, muchos gritos, rasguños. Me hubiera vuelto loca con tal de que "esa" se fuera. Pero no es suficiente que yo sea la única que ve el problema. Me detuve. Me sentí una imbécil... y lloré también, no las rojas lágrimas de mi hijo; esas las llevo dentro todavía. En él miraba por fin lo que yo había hecho. Lo que había formado tan secretamente que sólo mis sueños lo sabían. ¿Sueños son? Las lágrimas de mi hijo, su sonrisa y mis lágrimas eran todo un dolor perverso. Un dolor de no se quién. Tuve ganas de hablar. Con quien fuera pero hablar. ¡Sacarlo todo! Sólo eso, porque las soluciones no existen. El tiempo lo inventa todo, lo desarma y lo construye, de nada sirve resistirse. Yo, trato de ignorarla, casi se me olvida y de pronto ahí está, monstruosa en su silencio. Pero pronto daré un paseo con ella, me atreveré a tocarla, visitaremos un parque, nos sentaremos y la dejaré ahí. Estoy segura que no regresará. No estará tocándome a la puerta ni estará esperándome echada como perro. Me imagino que alguien la verá tan ausente, tan fuera de sí, que le emocionará la idea de tenerla, sin darse cuenta que esa forma de mujer, es el secreto corazón de un suicida.

CUADRO 6

AL FONDO: La esposa queda acostada bajo la sábana, sin poder conciliar el sueño.

AL FRENTE: continúa la mamá, fumando. Pausa. Por lados contrarios, entran, los hermanos y franquean a la mamá. Pausa.

MAMÁ.-Acérquense más.

EL MARIDO.-No lo sé.

El amante se acerca.

EL AMANTE.-No sabes qué cosa.

EL MARIDO.-Lo que resultará. Prefiero comer en otra parte.

EL AMANTE.-Ven y siéntate. Los dos queremos esto.

EL MARIDO.-Yo no.

MAMÁ.-¡Los tres! Por favor David, acércate.

EL MARIDO.-Él tendría que alejarse. Si lo tengo a la mano... No sé.

La mamá mira compasiva al amante, que sin quererlo se aleja. Pausa. El marido se acerca a la mamá.

EL MARIDO.-Hola.

MAMÁ.-Hola, hijo.

Silencio.

MAMÁ.-Aquí también está tu hermano.

EL MARIDO.-¿Aquí?

MAMÁ.-Yo lo llamé.

EL MARIDO.-No debías, mamá.

MAMÁ.-Creo que lo necesitamos.

EL MARIDO.-Pero no debías.

EL AMANTE.-David.

Silencio.

EL AMANTE.-Dejemos de hacerle al pendejo y mírame.

EL MARIDO.-Hoy tengo cita en el hospital.

EL AMANTE.-Nunca vas.

MAMÁ.-Miguel, por favor.

Silencio.

MAMÁ (A David).-Hijo, tú trajiste a esa mujer. Tú debes decidir qué hacemos.

EL MARIDO.-Yo no la traje, ella vino conmigo. Ella puede hacer lo que quiera.

EL AMANTE.-Pero es tu esposa.

EL MARIDO.-...¿Seguro?

EL AMANTE.-Es... una bella mujer.

MAMÁ.-¡Ella es un monstruo, Miguel, deja de alabarla!

EL AMANTE.-"Es un bello corazón, con espinas"; dice ella que le dices.

El marido les da la espalda y sale de escena.

MAMÁ.-¡No te vayas David!

Silencio. Pausa.

EL AMANTE.-Helena ya es mía, mamá.

El amante va saliendo de escena sin darle la espalda a su mamá.

EL AMANTE.-Siempre se va sin resolvernos nada. El imbécil se está muriendo y no quiere resolvernos nada. Pero no esperaré más a que lo diga. Helena es mía, mamá. Helena es mía.

CUADRO 7

AL FONDO: continuación de lo anterior. El marido entra y aprovecha el adormecimiento de su esposa para meterse bajo la sábana. No resiste tocarla y, al hacerlo, ella se acomoda en él como cuchara. La abraza. En tanto, el amante, los sigue observando de espaldas al público.

AL FRENTE: la mamá continúa en la silla, fumando y observando la escena del fondo sin mirar al público.

EL MARIDO.-Hoy estuve comiendo en ese lugar en que dices que me viste.

(Silencio) Ahora sí puse atención al parque. Al lugar desde el que me viste.

(Silencio) Hay un gran árbol, sus ramas casi tocan el suelo. Como un gigante greñudo.

Silencio.

LA ESPOSA.-Con quién estabas.

EL MARIDO.-...Solo. Ya sabes, nadie se me acerca.

LA ESPOSA.-Entonces estabas aburrido.

EL MARIDO.-Estaba pensando en cualquier cosa.

LA ESPOSA.-Y... ¿a qué hora viste al gigante?

EL MARIDO.-Pues ya lo dije. (Transición) Estás dormida y no me escuchas.

LA ESPOSA.-Sé que ahí no hay ningún árbol gigante.

EL MARIDO.-Sus ramas. Sus ramas sí, son como las de un gigante.

Pausa. Se acomoda para darle un beso. Pausa. La besa en los labios. Pausa. Ella reacciona con desesperación, pues consciente de la situación tiene la necesidad de no creer en lo que está ocurriendo; sus ojos se mueven tratando de encontrar a alguien.

LA ESPOSA.-¡Estás aquí... maldito!

Pausa. Ella se sale de la sábana, desesperada, y se aleja sin salir de escena, dándole la espada al marido. Hace lo posible por calmarse. Pausa. En eso, contrariado, el marido se levanta y va a abrazarla por la cintura. Ella, de nuevo asustada, respira como si le faltara el aire.

EL MARIDO.-Ya estoy curado, Helena. No tengo ningún dolor. Ya puedo estar contigo. (Pausa) ¿Por qué lo haces? Estoy aquí por ti... para ti, Helena.

La esposa logra zafarse y queda aturdida en el piso, negándose a mirar y tratando de controlarse.

EL MARIDO.-Te acostumbrarás. Me esforzaré para acostumbrarte. Estoy sano para ti, si no de qué otra forma seguiría tan vivo. Tú no quieres que te deje y no te dejaré. (Baja hasta ella y la sostiene en sus brazos) Veme Helena.

LA ESPOSA.-¡Estas aquí, ¿verdad!?

EL MARIDO.-Pues sí, mujer, ¡despierta!

Ella lo rehuye de nuevo, se levanta y se aleja lo más posible, ignorándolo con simulado aplomo.

LA ESPOSA (Para sí misma).-Mis ojos los tengo abiertos, el día está a punto de verse desde mi ventana y no oigo nada. Mi respiración... Nada más... Qué otra cosa. Sólo mi respiración.

Regresa a acostarse bajo la sábana, la vemos relajarse... Cerrar los ojos...

Dormitar. El marido, entonces, va junto a ella, se sienta ante su rostro, la observa.

EL MARIDO.-Tú por qué me dejarías.

LA ESPOSA.-...No quiero dejarte.

EL MARIDO.-Pero por qué sí me dejarías.

LA ESPOSA.-No lo sé. No quiero dejarte.

Silencio.

EL MARIDO.-Yo sólo te dejaría si me muero. Eso, no lo decido, pero llegará pronto. (Transición) Cualquier otro marido desearía lo contrario, o habría ya buscado alguna amante. O ya habría medio matado a su hermano...

LA ESPOSA.-Sigamos durmiendo, ¿sí?

Pausa.

EL MARIDO.-Te dejaría también si tú te fueras. Para nada te perseguiría.

Silencio.

EL MARIDO.-Deberías decir algo.

Silencio.

EL MARIDO.-Yo te dejaría si tú me lo pides. Y además, si antes de morirme deo de quererte, te lo diré. ¿Qué harías si te lo digo, si te digo que ya no te quiero?

LA ESPOSA.- Todos los días vivo con ese momento. No me sorprendería.

EL MARIDO.-¿Ahorita... sientes ese momento?

LA ESPOSA.-Sí.

EL MARIDO.-Pero ya no te importa.

LA ESPOSA.-...De tanto pensarlo, quizá, ya no me importa.

Silencio.

LA ESPOSA.-¿Me estás tocando, David?

Silencio.

LA ESPOSA.-Puedes tocarme...

Pausa. El esposo se levanta y sale por el fondo.

CUADRO 8

AL FONDO: continuación de lo anterior. El amante se acerca entonces, presuroso y se mete bajo las sábanas ocupando el lugar de ella, haciendo que se desplace hacia la parte vacía de la cama. Se pega a ella y la besa hasta perderse su cabeza bajo la sábana, donde intuimos que no deja de besarla. Ella lo disfruta con mucha discreción.

AL FRENTE: La mamá continúa fumando y mirando solamente la escena del fondo, casi de espaldas al público.

EL AMANTE.-¿No vas a decir nada?

Silencio.

EL AMANTE.-Helena.

Silencio. Él se detiene y sale de nuevo para mirar los ojos de ella, que están completamente cerrados.

EL AMANTE.-Helena.

LA ESPOSA.-¿...Tú porqué me dejarías?

EL AMANTE.-¿...Qué cosa?

Transición.

EL AMANTE.-Helena, mírame. ¡Mírame!

Pausa.

LA ESPOSA (Se cubre el rostro con un brazo).-Qué hago, Miguel. Ya no sé.

EL AMANTE.-Por qué lo dices.

LA ESPOSA.-Debe ser que lo quiero aún, o que lo quiero más. No sé.

EL AMANTE.-¡Qué te dijo!

Silencio. Por el fondo, el marido se soma y se detiene a mirarlos.

LA ESPOSA.-¿Podríamos estar juntos todo el tiempo?

EL AMANTE.-Sí, todo el tiempo, pero dime lo que te dijo.

LA ESPOSA.-Pero me quieres, ¿verdad?

Silencio.

EL MARIDO.-...Helena.

LA ESPOSA (Al amante).-Vete.

EL AMANTE.-No. ¡Por qué!

EL MARIDO.-Helena.

LA ESPOSA (Al amante).-No entrará hasta que te vayas. Vete.

EL AMANTE.-...Pues entonces que no entre.

LA ESPOSA.-¡Yo quiero que esté conmigo!

EL AMANTE.-Lo estás imaginando. Él está en el hospital, mi madre lo acompaña.

Sólo me puedes escuchar a mí, Helena. Estamos solos.

LA ESPOSA.-Él sigue con nosotros, tú no sabes nada.

EL MARIDO.-Helena.

EL AMANTE (A David).-¡Oye, tú; lo que seas! ¡¿Te arrepientes de tenerme como

hermano!?

LA ESPOSA (Al amante).-¡Qué estás haciendo! ¡NO LE HABLES!

EL AMANTE (A la esposa).-¡Hablo y digo lo que quiero!

LA ESPOSA (Al amante).-Vete ya. Por favor.

EL AMANTE.-No voy a dejarte.

LA ESPOSA.-¡Lárgate ya!

EL AMANTE.-Estás enloqueciendo, amor. No lo permitas.

LA ESPOSA.-Sólo déjame. Te lo suplico.

El amante se levanta malhumorado y sale de escena. Ella, de pronto, despierta.

Abre los ojos, no está el amante y parece no ver a nadie. El marido va junto a ella y la contempla tratando de conciliar el sueño.

EL MARIDO.-¿Estás dormida?

Silencio. Pausa.

CUADRO 9

AL FONDO: sólo la esposa, bajo la sábana, apesadumbrada y sin lograr dormir.

AL FRENTE: la mamá continúa fumando. Por el lado derecho el marido entra, lleva consigo un recipiente con copal. Lo prende y se calienta con su humo mientras habla con la mamá.

EL MARIDO.-¿No sabes quién me dio esto, mamá?

MAMÁ (Ausente).-...No.

EL MARIDO.-...Ya sé por qué dices que se te olvidan las cosas sin darte cuenta.

MAMÁ.-No, David, no lo sabes.

EL MARIDO.-Sé que esto debe encenderse. Pero no sé por qué yo debo hacerlo.

MAMÁ.-...¿Quieres que te ayude?

EL MARIDO.-Sí. Dame algo de fuego.

Ella le extiende unos cerillos.

EL MARIDO.-Te gusta su olor, ¿verdad?

Silencio.

EL MARIDO.-Qué te pasa, mamá.

MAMÁ.-...No pude llorarte.

Pausa.

MAMÁ.-No pude llorarte.

Él la abraza.

EL MARIDO.-Todo está bien, mamá. Estoy bien.

MAMÁ.-No hijo, no lo estás. (Pausa) Dios te perdone, hijo mío.

El hijo va al fondo y pone el copal junto a Helena quien, al oler el humo, inmediatamente se despierta, agarra el copal y sale de escena con premura.

AL FONDO: queda el marido, sin entender nada.

CUADRO 10

AL FONDO: el final del cuadro anterior se mantiene.

AL FRENTE: la mamá sigue mirando hacia el fondo. Pausa. Entra el amante y se sienta junto a ella.

EL AMANTE.-Ya deja de fumar.

LA MAMÁ.-No creo que te preocupe.

EL AMANTE.-Es molesto.

LA MAMÁ.-Bueno, te aguantas.

EL AMANTE.-...Ella está dormida, al menos déjala descansar mientras está dormida.

LA MAMÁ.-Ella nunca descansa. La vi sacando la basura. Su silencio es de escándalo, hijo.

EL AMANTE.-Ya olvídala.

LA MAMÁ.-...Me acuerdo hasta de cuando era un estúpido y espinoso corazón.

Pausa silenciosa. Transición.

EL AMANTE.-¿Tú cómo te enteraste?

LA MAMÁ.-Ustedes hablan, hacen, y alguien los escucha, y alguien más los ve. Y los que escuchan y ven... hablan. Es imposible quedarnos en silencio, se debe hablar de cualquier cosa. De algo como ustedes, también. Cualquier cosa.

Pausa larga.

LA MAMÁ.-¿Qué tienes?

EL AMANTE.-Espero no dolerte demasiado, mamá.

La mamá suspira.

LA MAMÁ.-...Yo creí que era más antigua. Anticuada, digo. Pero mira, tengo necesidad de hablarte. Quiero verte. Busco que me busques. Estás aquí, es lo importante, y podría tocarte si quisieras.

El amante se alza de hombros.

LA MAMÁ.-¿Te sientes extraño?

EL AMANTE (Obviando).-Mamá.

LA MAMÁ.-Pero sí te sientes extraño.

EL AMANTE.-...Sí.

LA MAMÁ.-Me tranquiliza que lo digas. En verdad. Puedes hacer lo que quieras pero no dejar de ser tú. Desde siempre, cuando sientes tu vida complicarse ... así eres. Te sientes extraño, pero así eres tú.

EL AMANTE.-Quisieras escuchar que "me arrepiento".

LA MAMÁ.-En algo me haría feliz. Sí.

Transición.

EL AMANTE.-...Espero no dolerte demasiado.

Pausa. Transición.

EL AMANTE.-Siempre fumas un cigarro por él, otro por papá, otro por mí. Todos ya estamos lejos y tú aún no sabes ni cómo respirar.

LA MAMÁ.-Ya están lejos. Fumo. Qué mejor momento, ¿no lo crees?

Le arrebató el cigarro de la boca y hace con ese cigarro el truco de apagarlo para desaparecerlo en sus manos.

LA MAMÁ.-Demasiado tarde, Miguel. Ni con trucos tan malos. Por eso traigo una cajetilla.

La mamá prende otro cigarro y continúa en su quehacer. Pausa.

LA MAMÁ.-¿Qué sigue de esto?

El amante se alza de hombros.

LA MAMÁ.-Sabes por qué lo digo.

EL AMANTE.-No lo sé. Estoy contigo no para sentirme peor o mejor, sólo estoy para no sentir. Si dejaras de preguntar me ayudarías...

LA MAMÁ (Contenida, señala a la esposa).-...Ella quién es, Miguel.

EL AMANTE.-...Muchas cosas.

La mamá busca con su mirada en los ojos de su hijo.

LA MAMÁ.-Ella te hizo desgraciado. Toda esta casa se convirtió en una vergüenza y sólo por ella.

EL AMANTE.-Mamá, ¿crees que Helena imaginó casarse para acostarse conmigo?

LA MAMÁ.-...Seguro que sí.

EL AMANTE.-Seguro nadie lo sabe. De pronto ella estaba ahí, y yo también, sin ganas de acusarnos de nada. Pero no lo planeamos.

LA MAMÁ.-Pero lo hicieron. ¡Lo hicieron para enterarnos! ¿Tampoco quisieron ser discretos?

EL AMANTE.-David no dijo nada. Algo más ocurre que no sabes.

LA MAMÁ.-Sí, lo sé. Lo sé. Y por eso ahora estoy sola, mirando que no estás, con demasiado humo en la cabeza. La imagino a ella, lo imagino a él. Qué más me queda. Estas paredes nunca dejarán de hablar. Mientras yo les haga caso, que sigan diciendo, que me digan. No importa.

La mamá ya está llorando descontrolada. Impotente.

CUADRO 11

EL FONDO es lo único: ahí se mantiene con incredulidad el marido. Pausa. En eso enciende una veladora... La lleva frente a su rostro. Pausa. Los siguientes diálogos, todos, sólo se dan en voz off.

VOZ MAMÁ.-Qué pasa, Helena.

VOZ ESPOSA.-Señora, es sólo que no quiere abrirme la puerta.

VOZ MAMÁ.-Déjalo entonces. Acompáñame a cenar.

Larga pausa silenciosa.

VOZ MAMÁ.-Qué pasa. ¿No te abre aún?

Silencio.

VOZ MAMÁ.-Helena, qué tienes.

VOZ ESPOSA.-...Nunca hace esto. Señora, no me gusta su silencio.

VOZ MAMÁ.-¿Quieres que abramos?

VOZ ESPOSA.-...NO.

Pausa.

VOZ MAMÁ.-¡Miguel! ¡Miguel!

VOZ ESPOSA.-¡No abras!

VOZ MAMÁ.-No la escuches. Ayúdame a abrir esto.

VOZ ESPOSA.-Yo no lo veré.

VOZ MAMÁ.-Abre ya, ¡Ándale!

Pausa silenciosa.

VOZ MAMÁ.-¡Cómo está!

VOZ AMANTE.-No deberías verlo.

VOZ MAMÁ.-Soy su madre, imbécil. ¡Hazte a un lado!

Pausa silenciosa.

VOZ ESPOSA.-Es del corazón, ¿verdad? Está sangrando.

VOZ MAMÁ.-¡Que no entre! Aún lo siento respirar.

VOZ ESPOSA.-¿Es un hermoso y rojo corazón?

VOZ MAMÁ.-Llévalo al hospital.

VOZ AMANTE.-No sirve mi carro.

VOZ MAMÁ.-¡Toma un taxi!

VOZ AMANTE.-¿Sin dinero?

La mamá tira algunas monedas en el piso.

VOZ MAMÁ.-¡Ahí está! ¡Llévalo!

Silencio.

VOZ MAMÁ.-Llévate ese hermoso corazón... rojo, hermoso, ensangrentado.

El marido sopla sobre su vela. Pausa larga y oscura.

CUADRO 12

AL FRENTE: sólo está la silla tubular, como si fuera parte de un interior incierto.

Ahí, sin sentarse, Miguel espera. Espera hasta que entra también Helena, con el rostro en lágrimas. Ninguno se sentará en la silla, la cual quedará entre ellos.

Pero por encima de la silla, se besan con urgencia, largamente. Al fin, ella, recarga su cabeza en el pecho de él, que la abraza. Pausa silenciosa.

HELENA.-Este beso nunca ocurrirá, ¿verdad?

EL AMANTE.-Nunca.

HELENA.-Puedo decirte abiertamente que te amo.

EL AMANTE.-Sí, lo puedes decir.

HELENA.-...Te amo. ¡Te amo! (Transición) Debes sentirte mejor, ¿o no?

EL AMANTE.-Sí, debería sentirme mejor.

HELENA.-...¿No lo estás?

EL AMANTE.-...No.

HELENA.-¿Hubieras preferido que te lo dijera antes?

EL AMANTE.-Sí.

Vuelven a estrecharse con fuerza.

HELENA.-¿Esto nunca ocurrirá, Miguel?.

EL AMANTE.-Nunca, cariño.

HELENA.-...No digas "nunca", es horrible.

EL AMANTE (Transición).-Decirnos "te amo" también debería ser así.

HELENA.-No lo es.

EL AMANTE.-En tu boca sí, Helena. Lo sabes. Ni te ofende que lo diga.

Lo estrecha fuerte.

HELENA.-Por esta vez no, no me molestaré por lo que dices. (Transición) ¿Cómo hiciste para estar aquí?

EL AMANTE.-Imaginándote.

HELENA.-Fue fácil soñar lo mismo, ¿verdad? Soñar contigo. Soñar con lo que nunca será.

EL AMANTE.-Nos debíamos algo de sinceridad.

HELENA.-No quise soñarte en un principio porque te hubiera reprochado que te fueras, y que me dejaras.

EL AMANTE.-¿Sigues en esa casa?

HELENA.-Ya tampoco vivo ahí.

EL AMANTE.-¿Y donde duermes, descansas?

LA ESPOSA.-No. (Pausa) También me traje a David.

EL AMANTE.-Yo te traigo conmigo. Tampoco puedo descansar.

Transición.

EL AMANTE.-¡Abrazame con fuerza, Helena!

HELENA.-Eso intento.

EL AMANTE.-Bésame más, también, por favor.

Se va haciendo oscuro.

HELENA.-Eso intento. Lo intento.

EL AMANTE.-¡Helena!

HELENA.-¡Amor!

EL AMANTE.-¡...Maldición! ¡Helena! ¡Dime la verdad!

LA ESPOSA (Desconsolada).-...Estoy pensando en él. Lo siento.

CUADRO 13

En la escena vacía y en penumbras, la mamá va de un lado a otro. El público lo intuye. Sus pisadas son características; además, sabemos que sigue fumando, el cigarro encendido la delata.

MAMÁ.-Si estás ahí, Helena, soy yo la que hace ruido. No te alteres. Sólo soy yo, hija. ¿Miguel está contigo? No lo he visto. No sé en cuantos días o si sólo habrán pasado algunas horas, pero no sé nada de él. Avísame si viene, ¿de acuerdo?

Ahorita voy estarme en el cuarto de David, alguien debe de arreglar sus cosas.

Regalaré sus medicinas, las últimas semanas no abrió ninguna, y mira que hay gente que las necesita. (Pausa) Hay tanto quehacer en esta casa, pero nada se mueve, ¿verdad? Nada.

Pausa larga y silenciosa.

CUADRO 14

Al centro de la escena alguien está. Es Helena, que ha encendido cuatro veladoras. Ella viste un chal negro que le da un aire de luto. Alinea las veladoras y se queda arrodillada. Pausa.

LA ESPOSA.-...Hiciste bien en sacarnos a todos, en no permitir que te viéramos. Seguro tu mamá te lo hubiera impedido, y seguro que por complacerla te hubieras esperado a que ella durmiera. Hiciste bien en irte de una vez. Seguro ahora lo miras todo, ya no es necesario que toques la puerta para entrar y encontrarme sola. Te siento en todas partes, David, y estoy sola. ¿Qué más puedo

decirte? Ya quiero irme de aquí, pero necesito tu perdón. Donde estés me gustaría estar. Me gustaría que te aparecieras de pronto y me perdones. Que en un sueño me perdones. Que un extraño me detenga y me diga con tus ojos que estoy perdonada. Ya después... Después...

Silencio. Entre la oscuridad, Miguel habla cada vez más desolado pero sin acercarse a ella.

EL AMANTE.-Helena.

Silencio. Ella incluso no se mueve.

EL AMANTE.-Helena.

De pronto, ella junta las veladoras con rapidez, sin apagarlas todavía.

EL AMANTE.-...Necesito hablarte.

Silencio.

EL AMANTE.-...Helena.

Ella apaga las veladoras pero el público aún la ve en la penumbra, casi a contraluz. La vemos que no se mueve. Vemos también el hálito apagado de las veladoras.

EL AMANTE.-¡Sólo escúchame!

Pausa.

EL AMANTE.-...¿Helena?

Ella niega su rostro a la voz del amante.

EL AMANTE.-...Aún quiero tocarte.

Vemos que ella se va aprisa, con todo y las veladoras.

EL AMANTE.-¡Helena!

Silencio.

EL AMANTE.-¿Helena?

Silencio.

EL AMANTE (Apenas se le escucha).-...Helena.

Oscuro total. Pausa. Lentamente se va haciendo luz en la sala.

FIN

Javier Acosta. Correo electrónico: usgly@hotmail.com

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. Enero 2006

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

www.celcit.org.ar. e-mail: correo@celcit.org.ar